

Sigue de la primera plana

sólo puede explicarse por una de dos razones o por ambas. Estas son: a) un gran desprecio por la capacidad de raciocinio de los gobernados (resultado natural de tratarlos como súbditos, no como ciudadanos); b) la atmósfera irreal en la que viven los gobernantes, incluso desde antes de serlo, particularmente los que se encuentran en la cúspide de la pirámide del poder.

Los ejemplos de contradicción entre discurso y realidad abundan, sobre todo en temas como democracia (política y social), reforma política, estado de derecho, partido de Estado, justicia, seguridad pública, eficiencia administrativa, solidaridad, derechos humanos, nacionalismo, honestidad y responsabilidad de funcionarios públicos, ecología, servicios públicos, etcétera.

El Estado y naturaleza de la economía, es también otra de las áreas donde con gran frecuencia el discurso del poder y la realidad se contraponen. La semana pasada, por ejemplo, el Presidente y su secretario de Hacienda, más un juez en materia laboral, hicieron declaraciones en torno

de los salarios y el desempleo, que difícilmente pueden ser avaladas por la realidad que vivimos la mayoría de los habitantes de este país. Como se recordará, fue el martes de la semana pasada, durante la comida con los representantes del Congreso del Trabajo —Fidel Velázquez entre ellos—, cuando Carlos Salinas, basado en lo que él calificó de "información seria" —las cifras del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)—, sostuvo que en los últimos cuatro años, y en el sector manufacturero, el salario se había recuperado 28%, en tanto que en el sector servicios, lo había hecho en más de 34%, aunque admitió que tan estupenda recuperación partía de un piso muy bajo. Desde la perspectiva presidencial, las cosas, pues, marchan viento en popa y así deben ser vistas por la sociedad.

Ese mismo día, el juez segundo de distrito en materia laboral, Rolando Rocha, quizá imbuido del mismo ánimo positivo, no tuvo reparo en sostener que el actual salario mínimo —14.25 pesos nuevos diarios—es, en efecto, una remuneración suficiente para

el trabajador. En cualquier caso, dijo, el amparo interpuesto por la CTM contra el último y ridículo aumento de 7.5% a ese salario, no procedía porque lo pequeño no le quitaba lo benéfico.

Al día siguiente, el secretario de Hacienda, Pedro Aspe, y como parte de su presentación en un seminario del ITAM sobre las perspectivas de la economía mexicana, ahondó en la materia. Ahí, el secretario de Hacienda calificó de "mito genial" la idea que prevalece entre la enorme mayoría de los mexicanos de que sus salarios han caído y el desempleo aumentado. Aspe, apoyando lo dicho por el Presidente en relación a la recuperación del salario, también sostuvo que el desempleo abierto en México es insignificante, pues afecta apenas a 2.9% de la fuerza de trabajo.

Como lo señala el diccionario, mito significa, entre otras cosas, historia inventada, cosa o persona imaginaria. Pero en este caso de salarios y empleo ¿qué es realmente lo irreal, inventado o imaginario?, ¿la idea muy difundida entre el público de que hay deterioro salarial y desempleo creciente o las cifras del INEGI y las afirmaciones del Presidente, de su secretario y del juez Rocha?

Por coincidencia, la misma prensa que publicó las declaraciones de Pedro Aspe, trafa también la siguiente noticia: el desempleo abierto promedio el año pasado en seis de los siete países más industrializados del mundo —entre ellos Estados Unidos— afectó a 7.4% de la fuerza de trabajo. Si ambas cifras, las que usa el mundo oficial mexicano y las que proporcionan los países industrializados, fueran ciertas, entonces no habría más remedio que rendirse ante lo evidente y admitir que en México vivimos hoy una situación extraordinaria, de privilegio, pues mientras los países ricos sufren el desempleo —en Estados Unidos hay hoy 11 millones de parados—, aquí los mexicanos sin trabajo son relativamente pocos: ¡en proporción, menos de la mitad de los que tiene el pobre vecino rico del

De corresponder al discurso de nuestras máximas autoridades económicas con la realidad, el gobierno mexicano ya no debería usar más el argumento de que México requiere del Tratado de Libre Comercio para exportarle a Estados Unidos bienes y no mano de obra indocumentada, pues amenazar a Estados Unidos con más indocumentados sería, ni más ni menos, que usar un argumento falso, basado en un mito, que no por genial deja de ser mito, ¡pues las cifras demuestran que en México, aun sin el TLC, ya hay prácticamente pleno empleo y bien pagado! ¡Nadie, en su sano juicio, querría irse a Estados Unidos, donde sí hay desempleo! En este contexto, y pese a que la disparidad que aún existe entre los sueldos norteamericanos y mexicanos —eso, ni el gobierno lo niega—, los americanos sin trabajo pueden caer en la tentación de intentar venirse a México. Si esto fuera así, sería prudente empeñarse menos en lograr la firma del TLC y más en poner en marcha un mecanismo que impida que los desempleados norteamericanos se vengan a México ilegalmente, como resultado de nuestro notable éxito económico neoliberal.

Desgraciadamente, la realidad nos dice que, pese a las cifras oficiales, en México hay desempleo y mucho. No se precisa del INEGI para saber que el desempleo sí es un problema entre nosotros; para comprobarlo basta tener buena vista y algo de sensibilidad. Observando la vida cotidiana de personas de carne y hueso, especialmente entre los sectores más pobres, es inevitable concluir que hay muchos jóvenes que se pasan el día sin hacer nada económicamente significativo, que están perdiendo su futuro porque simplemente no tienen cómo ganárselo. Otro indicador de lo mismo, e el impresionante crecimiento de la economía formal en ciertas ciudades y que ha hecho de la urbana un caos, un inno. La continua migración de mexicanos hacia

Reflejan "su Realidad", no la Auténtica

Para Mitos, los del Gobierno

- ★ Cifras del Desempleo, Igual que las Electorales
- ★ Economía Informal y Migración, los Indicadores
- ★ Sosloyarlo es Echar sal a la Gran Herida Social

LORENZO MEYER

"Pero no soy yo quien voy a desmentir al señor Presidente —en relación a una supuesta mejoría del salario—. Son los hechos los que difieren de lo que él dijo".

La declaración anterior fue hecha el 7 de enero no por un opositor o crítico del Presidente, sino por el mismísimo don Fidel Velázquez, apoyador sistemático e incondicional de cualquier política presidencial desde la época de Lázaro Cárdenas hasta la semana pasada. Y es que la contradicción entre el discurso gubernamental y la realidad llega a niveles tales, que hasta la propia CTM se ve llevada a violentar su vocación más íntima y decir al gobierno que no.

La frecuente contradicción entre las declaraciones públicas de la élite política mexicana y la realidad,

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

ce bien a las claras que nuestra supuesta abundancia relativa de empleo con una remuneración creciente es un mito, y que no debemos temer una invasión de desempleados norteamericanos —allá el salario promedio por hora en las manufacturas es de 14.77 dólares y aquí de sólo 1.80—, pues con los que en verdad tenemos aquí, nos basta y nos sobra.

De acuerdo con cálculos de la Wharton Econometrics, el desempleo abierto en México al finalizar 1992 no era de 2.9%, como dijera Aspe, sino superior a 9% (La Jornada, 10 de enero). Y a esa cifra se le debe agregar, desde luego, la del subempleo, que la empresa de consultoría AFAN & Gorman calculó en 8.5 millones de personas, es decir, 35.12% de la población económicamente activa (EL Financiero, 14 de octubre, 1992). Los cálculos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) coinciden en este punto (OCDE), *Economics Surveys*. México, París, 1992, p.55).

Es obvio que el índice de desempleo del INEGI es, ese sí, un mito, aunque no le pueda dar la categoría de genial. En su reciente estudio sobre México, la OCDE, señala que en vista de que en México no existe seguro contra el desempleo, lo que en realidad mide el INEGI en este campo es "aquella parte de la fuerza de trabajo que puede permitirse quedar desempleada", es decir, los que pueden darse el lujo de quedarse sin hacer nada por un tiempo después de haber perdido un trabajo (OCDE), op. cit., p. 196). El bajo desempleo oficial es, por tanto, un mito estadístico, similar al de esa famosa canasta básica del Banco de México, cuyo principal objetivo es hacernos creer que los precios

suben menos de lo que la realidad nos dice que subieron. Así las cosas, a los datos oficiales sobre desempleo se les debe de tratar con la misma desconfianza que las cifras electorales oficiales: reflejan la "realidad" del gobierno, no la auténtica.

Peró volvamos al tema del salario, pues en México tener empleo no significa necesariamente que ya se salvó uno de vivir en la marginalidad. El Presidente y su secretario de Hacienda, defendieron la tendencia de un salario al alza basándose en la evolución de los salarios en los sectores relativamente prósperos de la economía: la industria manufacturera y los servicios, y sólo en los últimos cuatro años, es decir, después de descontar el periodo en que ellos también estuvieron a la baja. Así, y siempre según los datos del INEGI, a partir de 1988 los salarios reales en esas áreas han subido o al menos no han caído. Sin embargo, si el Presidente y su secretario hubieran usado como base el año de 1982, otro hubiera sido el resultado. Lo mismo hubiera pasado si hubieran usado otro indicador: el del salario mínimo.

Como bien lo señala el ya citado estudio de la OCDE, el examen de la distribución del ingreso en México muestra que el costo de la crisis iniciada hace ya más de diez años, y del cambio estructural de la economía al que obligó, lo pagaron todos los grupos sociales **menos los de aquellos que más posibilidades tenían**, es decir, quienes se encuentran en la parte superior de la pirámide social. En efecto, las cifras muestran que a 10% de los mexicanos con los ingresos más altos la crisis no les afectó en nada e incluso les permitió mejorar su situación (op. cit., p.110). Frente a esta afirmación, cual-

quier intento por hacernos creer que en México hay SOLIDARIDAD real, no es otra cosa que echar sal a la gran herida social.

Si tomamos en cuenta que el conjunto de los salarios representaba en 1982 el 35% del Producto Interno Bruto, y que en 1988 representaron únicamente 26%, entonces se ve claramente de qué base partió la afirmación presidencial: de una caída promedio del salario real en México de 40%. Por otro lado, si desde 1988 a la fecha se fija la vista únicamente en los salarios mínimos, en los de los empleados gubernamentales, en los que se pagan en el sector comercial, hotelero y otros similares, resulta que en ellos no ha habido recuperación, y ello a pesar de que su caída en el periodo anterior fue mayor que la del promedio. (OCDE, op. cit., pp.53-55).

De acuerdo al INEGI, en 1989 el 18.7% de los hogares tenían ingresos equivalentes a un salario mínimo y el total de los que tenían que cubrir sus necesidades con ingresos entre uno y dos salarios mínimos, era el 28.7%, es decir, casi un tercio de las familias mexicanas. Y en el futuro inmediato la cosa no promete mejorar, pues el último aumento al salario mínimo —7.5%— es notable e injustificadamente menor, que el aumento en el costo de la vida del año anterior que fue, según las propias cifras oficiales, de 11.9%. Según los cálculos de Antonio Gershenson —basados también en cifras oficiales—, entre 1988 y 1993 (suponiendo que la inflación sea la proyectada), ese salario mínimo habrá perdido 24% de su poder de

compra (La Jornada, 10 de enero).

Y sigamos con las cifras y los cálculos alternativos. Si se hace caso a las cifras del Instituto Mexicano del Seguro Social —que es la institución que da servicios de salud al mayor número de mexicanos— resulta que 92% de los trabajadores ahí registrados ganan menos de dos salarios mínimos (La Jornada, 8 de enero). Por su parte, el presidente de la Asociación Nacional de Estudios para la Defensa del Consumidor, Arturo Lomelí, declaró que en virtud de las alzas de precios que los comerciantes efectuaron con el pretexto de los nuevos pesos, el salario mínimo que entró en vigor este mes ya perdió 20% de su poder adquisitivo (La Jornada, 8 de enero).

Finalmente, la idea misma de que el crecimiento de la economía, aunque modesto, va a ser superior al crecimiento de la población —y por lo tanto permitirá aumentar el empleo y su remuneración—, está siendo ya puesta en duda. De acuerdo a un estudio del propio ITAM, en 1993, el crecimiento del PIB puede ser de sólo 2 o 2.2% (EXCELSIOR, 12 de enero), pues las prioridades gubernamentales de lucha contra la inflación y el déficit externo no son compatibles con un crecimiento acelerado.

Reafirmando lo dicho: para mitos, los del gobierno, aunque, eso sí, geniales no son.